

La calle para el miércoles 21 de julio de 2010
Diario de un espectador
Mi vida después
Miguel ángel granados chapa

En Pachuca no suele haber buen teatro. Lo ejemplifica el que en el auditorio Gota de plata, elefante blanco construido a gran costo para escaso uso, estuviera programado un Maratón de chistes. Por fortuna, nos tocó parte del 13° encuentro internacional de escena contemporánea, denominado Transversales 2010, presente en México y en Hidalgo gracias a los consejos nacional y estatal para la cultura y las artes. Pudimos disfrutar, y recordar y condolernos de la historia argentina de los años en que fueron jóvenes quienes ahora son septuagenarios o acaban de morir.

El teatro platense se presentó el sábado 17 con *Mi vida después*, escrita y puesta en escena por Lola Arias, que a sus treinta y cuatro años fundó ya la Compañía Postnuclear, “un colectivo interdisciplinario de artistas con el que desarrolla proyectos de teatro, literatura, música y artes visuales”, un ejemplo de cuyo trabajo es esta pieza, escrita a partir de material original provisto por los actores, “nacidos en la década del setenta y principios del ochenta (que) reconstruyen la juventud de sus padres a través de fotos, cartas, cintas, ropa usada, relatos, recuerdos borrados. ¿Quiénes eran mis padres cuando yo nací?. ¿Cómo era la Argentina cuando yo no sabía hablar? ¿Cuántas versiones existen sobre lo que pasó cuando aún no existía o era tan chico que ni recuerdo?. Cada actor hace un *remake* de escenas del pasado para entender algo de futuro. Como dobles de riesgo de sus padres, sus hijos se ponen su ropa y tratan de representar su historia familiar. *Mi vida después* transita en los bordes entre lo real y la ficción, el encuentro entre dos generaciones, la *remake* como forma de revivir el pasado y modificar el futuro, el cruce entre la historia del país y la historia privada”.

Esa descripción, tomada del programa de mano, hace escaso honor a la representación. Es una escenificación vivísima, veloz, que reclama toda la atención de los oyentes –y les da su merecido--, que combina la agilidad verbal con la presteza de los movimientos, con la versatilidad de los papeles desarrollados: la hija de un policía, el de un sacerdote que colgó los hábitos, el de un fanático del automovilismo militante peronista, la de una pareja que se afilió a la guerrilla armada, la de dos periodistas y profesores exiliados primero en Venezuela y después en México.

Cuando vimos que una de las actrices y coautora de la música se llamaba Liza Casullo, pensamos que acaso algo tuviera que ver con Nicolás de ese apellido. Tan pronto comenzó a desplegar su parte quedó claro que era su hija, y de Ana María Amado, una pareja a la que tratamos durante su estancia en México, entre 1977 y 1983, los años de la dictadura militar de

la que escaparon para evitar la muerte. Ella era una hermosa profesora que en la Universidad y en el diario *unomásuno* enseñaba y escribía sobre cine. Él era comunicólogo también, y de su muerte supimos hace un par de años.

Por Liza, en *Mi vida después*, nos enteramos que su madre era al mismo tiempo que militante revolucionaria presentadora de noticias, a la que como suele ocurrir en esos casos, la cámara muestra sólo de los hombros hacia arriba, por lo que pudo continuar su trabajo mientras estaba embarazada. No era la única combinación de esfuerzos a que estaba obligada: tenía que leer con voz neutra noticias sobre la guerrilla a la que estaba adherida como informante..